

JOSÉ MANUEL PORTERO

La carta

AYUNTAMIENTO  BENALMÁDENA
Delegación de Educación



Arroyo de la Miel

Sig.: BEN 82-3 CER car

Tit.: La carta

Aut.: Certamen literario de Benalm

Cód.: 1002968562 R.41368 FL



BEN
82-3
CER
car

XII CERTAMEN LITERARIO DE BENALMÁDENA
"VIGÍA DE LA COSTA"
Primer Premio
2008

Prólogo del relato "La carta"

No fue una primera vez lo que escribió José Manuel Portero, sin embargo, no he podido evitar el recuerdo de El Financiero, protagonista de aquel poema de Antonio Machado: un tipo fuerte, sereno, jaranero... que, sin embargo, representa una actitud más seria, casi lúgubre, tan cercana -como bien ha insistido José Manuel Portero- a la urdimbre de un cuento de terror.

Con una prosa clara, sin sofisticadas pretensiones retóricas, el relato nos engancha desde el principio, en su tono de confesión angustiada, envueltos en cierta atmósfera de misterio y de suspense hasta ese momento decisivo y característico de los relatos de este género.

"La carta"

José Manuel Portero

Tres personajes se enfrentan a la muerte. Al final, José Manuel Portero pasará con el último de ellos. Los relatos que han seguido escritos con su obra estimulan la imaginación e invitan a sus lectores a participar de esa doble vida que se vive con la historia inventada.

Nuestro autor consigue, de forma magnífica, que revivamos la experiencia del protagonista, que su inquietud nos invada por completo, sobre todo, que a partir del punto final nuestra mente genere imágenes más sobrenaturales y misteriosas, al cabo, de lo que se ha descrito.

Esta historia merece toda la atención, con un ritmo controlado a

El relato "La carta" de José Manuel Portero es un ejemplo de la narrativa de terror que ha alcanzado en los últimos años un nivel de sofisticación y de profundidad que no se alcanzaba en épocas anteriores. El autor logra crear una atmósfera de misterio y suspense que mantiene al lector interesado hasta el final. La trama es sencilla pero efectiva, y el lenguaje es claro y preciso. Este relato es una excelente muestra de la capacidad de José Manuel Portero para crear historias que nos hacen reflexionar sobre la condición humana y la naturaleza del mal.

Benalmádena, 24 de Abril de 2009

Excmo. Ayuntamiento de Benalmádena

2009



R-41.368

D

"LA CALLE"
José Manuel Portero

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, almacenada en un sistema de informática o transmitida de cualquier forma o por cualquier método, electrónico, mecánico, fotocopia, grabaciones u otros medios sin previo y expreso permiso del propietario del Copyright.

1ª Edición: 24 de Abril de 2009

Copyright de la ilustración: Omri Fisher.

Maquetación: innovaMAGEN comunicación y publicidad.

Impresión: Gráficas Europa.

Prólogo del relato "La Carta"

No fue una pulmonía lo que mató a Don Justo; sin embargo, no he podido evitar el recuerdo de Don Guido, protagonista de aquel poema de Antonio Machado; un Don Guido terrenal, jaranero... que, sin embargo, representa una aristocracia añeja, casi lúgubre, tan cercana -como bien ha intuido José Manuel Portero- a la urdimbre de un cuento de terror.

Con una prosa clara, sin sofisticadas pretensiones estilísticas, el relato nos engancha desde el principio, en su tono de confesión angustiada, envuelta en cierta atmósfera de misterio, y no nos suelta hasta ese desenlace desazonador característico de los relatos de este género.

Tres personajes lo protagonizan; dos han muerto. Al final, ¿qué pasará con el último?: Es la línea común que han seguido quienes con su obra estimulan la imaginación e invitan a sus lectores a participar de esa doble vida que se crea con la historia inventada.

Nuestro autor consigue, de forma magnífica, que revivamos la experiencia del protagonista, que su inquietud nos invada pero, sobre todo, que a partir del punto final nuestra mente genere imágenes más sobrenaturales y poderosas, si cabe, de lo que se ha descrito.

Esta historia amena, bien construida, con un ritmo controlado a pulso que mantiene la tensión y la intriga, llega a nosotros ahora gracias a la certera decisión del jurado.

Nuestro Centro Municipal de Formación Permanente nos ofrece, además, la oportunidad de seguir exponiendo, en próximos certámenes Vigía de la Costa, la abundante creación literaria que se produce a nuestro alrededor. Y es esta posibilidad de cercanía geográfica, quizás, lo que más me gusta.

Certámenes como este ilusionan, crean expectativas, requieren esfuerzos, destruyen miedos... José Manuel Portero tuvo la valen-

tía de presentar su relato para que fuera medido, desmenuzado, analizado... y salió mercedosamente airoso. Ahora, lector, atrévete a ser tú quien se adentre en el claroscuro de sus líneas y trate de descifrar el contenido -más terrible por no revelado- de "la carta".

M. Carmen Martín Lara.

Directora Biblioteca Pública

Arroyo de la Miel.

La historia que les narro ocurrió hace ya muchos años, tantos que en mi cabeza no había canas, ni mi corazón estaba cansado, y las fantasías que pudieran invadirme eran completamente ajenas al relato que aquí les hago. A algunos de los que leáis estas líneas, tal vez os parezca uno de esos cuentos increíbles y fantásticos que suelen contarse en las noches de tormenta y que a todos alguna vez nos han puesto la piel erizada, haciendo que nos fuéramos a la cama con miradas de soslayo por los pasillos y cobijándonos entre las sábanas, creando con ellas una sutil e ilusoria protección.

Sin embargo, no es ningún cuento, en el sentido literario de la palabra. Es decir, por fantástica que parezca, no está inventada, no está sacada de ningún libro, ni periódico, ni pertenece a autor alguno. Es más, yo hubiera querido darla por olvidada, por perdida en los recónditos pliegues de mi mente..., si no fuera porque, precisamente hoy, he recibido esta carta..., que aún no he abierto, ni realmente necesito hacerlo para saber su contenido.

También quiero hacerles una confesión: es la primera vez que cuento esta historia, y al hacerlo rompo una promesa que hice en aquel tiempo, en aquella época en que la misma ocurrió.

Espero que el cielo, o el infierno, o quien sea, no me castiguen por esta acción.

Ocurrió hace algo más de cuarenta años en un pequeño pueblo de nuestra provincia, cuyo nombre voy a obviar, pero si os diré que el nombre del pueblo hace mención a un viejo castillo situado en

las afueras, sobre un risco de difícil acceso, que aún se mantiene con orgulloso porte, conservando casi intactas su torre del homenaje y dos de los lienzos de sus almenados murallones, que se perfilan como la quilla de un velero cabalgando sobre las rocas. Desde que por primera vez llegué al pueblo en aquel atardecer del mes de octubre, ya me sobrecogió, aún en la distancia, conforme me acercaba, su sombra algo siniestra, proyectándose sobre las casas blancas que se esparcían por la base del risco.

Yo tenía por entonces poco más de veinte años y llegaba a aquel pueblo, a donde había sido destinado por la administración educativa como Maestro de una de las dos escuelas existentes en la localidad. Ya podéis imaginar mi ilusión, y bien que me satisface decirlo, pues entre aquella acogedora y hospitalaria gente, pasé casi un año de mi vida sin salir prácticamente de allí, hasta el final, en que sucedió aquello... Desde entonces, no pasa día en que no recuerde sus empinadas calles, ni me estremezca, como sucedió en aquella ventosa y desapacible noche de mayo... Pero, bueno, no quiero anticipar acontecimientos.

Digo que había dos escuelas con sus respectivos maestros. El otro colega se llamaba Jaime y, aunque sobrepasaba la treintena de edad, su forma física era envidiable, producto de su amor por la naturaleza y el continuo trajín de subir y bajar por las sierras de la comarca. Con gran voluntad y esfuerzo físico por mi parte, conseguí que me permitiera acompañarle en alguna que otra ocasión en sus recorridos por las cumbres de los montes, si bien yo aprovechaba para dar rienda a otra actividad, más gratificante para mí que el senderismo, como era la pintura.

Cuando el recorrido era demasiado gravoso para mi escuálido y pobre cuerpo, sacaba de la mochila un estuche de acuarelas o ceras e intentaba plasmar en un cuaderno, que aún conservo, los bellos paisajes de tan agreste naturaleza.

En aquellos meses de obligada estancia compartida entre Jaime

y yo, se fue estableciendo una buena amistad que finalizó brusca e inopinadamente con el final del curso y el acontecer de los sucesos posteriores. Ninguno de nosotros, ni de los que nos trataron, lo hubiera dicho: tan estrecha y duradera parecía nuestra amistad. Y, he de decir que, aunque a lo largo de los años siguientes coincidimos en diversas ocasiones, en especial a causa de nuestra común profesión, sin embargo, nunca más volvimos a mencionar entre nosotros aquel extraño suceso que hoy traigo ante vosotros. Es más, yo diría que hubiéramos deseado que fuera una pesadilla, que jamás hubiera sucedido...

Jaime y yo compartíamos una casa en alquiler, cuyo propietario, don Justo Alvarado, es realmente el protagonista de esta historia.

Era don Justo un señor de porte tan aristocrático como el linaje del que procedía, delgado y elegante en sus maneras, de cabello y barba encanecidos en exceso, pese a que, tal vez, no debería tener más de cincuenta años pero sin que, en justicia, se pudiera precisar; esas edades indeterminadas, propias de las personas que han vivido intensamente su existencia, conociendo gentes, lugares, países y paisajes remotos... De tales experiencias nos hizo partícipes a Jaime y a mí en muchas veladas que pasamos invitados en su noble casa, con una copa de aguardiente en la mano, al calor de la chimenea; en otras ocasiones, cuando el tiempo lo permitía, la velada se desarrollaba en el patio de la casa, bajo la cubierta de una hermosa celosía. En cualquier caso, la conversación se prolongaba hasta bien entrada la madrugada, acompañando sus palabras y recuerdos de algún objeto, de un fetiche, de una fotografía...

El escudo heráldico del pueblo era el de don Justo. Quiero decir con esto que la historia del pueblo y de su comarca estaban completamente ligadas a la de los Alvarados y, por tanto, a nuestro común amigo. Él vivía en un viejo y enorme caserón del que ocupaba sólo una quinta parte. Nunca supimos que tuviera familia, ni

nos habló de ella, pese a que en ocasiones sus palabras dejaban entrever la existencia de algún hijo en lejanas tierras, aparte de la aparición esporádica en los ecos de sociedad de la prensa de la época. Pero diríase que pretendía pasar desapercibido y sus estancias en el pueblo sólo podían obedecer a ese propósito, no para descansar o practicar el noble deporte de la caza, como él las justificaba. El castillo y casi medio pueblo eran suyos, pagando los vecinos un alquiler por las viviendas ocupadas o por las tierras arrendadas.

Sin embargo, pese a ese dominio casi absoluto heredado de sus antepasados, los vecinos parecían expresarle un gran respeto y cariño. Los niños del colegio, por ejemplo, contaban historias de don Justo que enaltecían su figura, haciéndola casi mítica; la gente mayor, igualmente, citaban nombres y apellidos de vecinos del pueblo que habían visto perdonadas sus deudas cuando habían informado al señor de alguna desgracia familiar o que un pedrisco a destiempo había estropeado la cosecha. Mi amigo y yo éramos otro ejemplo de esa generosidad proverbial de don Justo, que nos agasajaba habitualmente en su casa más allá de la simple hospitalidad.

De forma que entre nosotros se fue estableciendo una corriente de afecto y simpatía a medida que el noble nos hacía partícipes de sus relatos.

Así ocurrió también aquel mes de abril. Fue aquella una primavera sumamente lluviosa, tal que las raras veces en que no caía agua, se levantaba de la tierra saturada de humedad una neblina continua que sumía al pueblo en una atmósfera más propia de otras latitudes y no las nuestras. Desde el peñón en el que se encontraba el castillo, bajaban por las calles empedradas auténticos riachuelos que dirigían sus aguas hacia el no lejano río. El castillo de los Alvarado, cuando acertaba a aparecer entre la niebla, resultaba en aquellos días aún más fantasmagórico de lo que ya de

por sí era una construcción de ese tipo. En aquellos días, nuestros alumnos no dejaban de hablar de apariciones y fantasmas que se presentaban, según ellos, de la forma más inverosímil y habitual, y contaban historias antiguas del castillo que habían oído de sus padres y éstos, de sus abuelos...

Como de costumbre, se llegó a avisarnos Olmedo, su viejo criado, hombre de confianza y encargado de los negocios de Alvarado en los periodos en que el señor se ausentaba del pueblo.

Nos dijo que don Justo había llegado hacía varios días y que estaría encantado de que le acompañáramos a cenar aquella misma noche. Ahora, al cabo del tiempo, creo reconocer que la voz del criado me sonó con distintos ecos a los de otras veces e, incluso, me pareció encontrar en su mirada un cierto temor. Recuerdo que a Jaime y a mí nos extrañó el hecho de que don Justo se hubiera demorado tanto, comparado con otras ocasiones, en llamarnos para hacer la habitual tertulia en su mansión.

Nuestra vivienda, es decir, la que nos había alquilado, se encontraba a escasa distancia de la casa solariega del noble. Por lo demás, el pueblo tampoco es que fuera muy grande.

Don Justo nos recibió como solía ser habitual en él: agasajándonos, estrechando nuestras manos y dando muestras de interés por la salud de cada uno de nosotros y de nuestras alejadas familias. Sin embargo, a lo largo de toda la velada tuve ocasión de observarle discretamente, sorprendiéndome su extrema delgadez. En su rostro, ya de por sí anguloso, se habían formado unas profundas ojeras, a la vez que pareciera se le hubiera afilado un tanto la nariz, destacando aún más el mentón noble y desafiante entre la canosa y medio recortada barba.

Podría estar convaleciente de alguna leve enfermedad, una gripe o resfriado, tal vez, pensé.

A lo largo de la noche, Jaime y yo pudimos comprobar que nuestro amigo había cambiado en algo más que en su demacrado



aspecto físico. Don Justo se mostró mucho más reservado, menos locuaz, más taciturno que lo que era habitual en él.

Esta situación se repitió en los días posteriores en que seguimos viéndonos, sin que mejorase su aspecto físico. Mi amigo y yo, cuando nos retirábamos a descansar, comentábamos la situación, pero sin atrevernos a inmiscuirnos en los asuntos personales de nuestro anfitrión con alguna pregunta impropia.

Uno de aquellos días, el señor Alvarado debió percibir nuestra intranquilidad, no exenta de curiosidad, y una tarde, tras el té, a la luz de la chimenea y la lluvia persistente salpicando en las altas ventanas del saloncito, nos confió el secreto que le embargaba.

Hacía unos diez días, nos contó, nada más llegar de la capital, había comenzado a sucederle una serie de extraños percances: le desaparecían objetos que, unos instantes antes, estaba seguro de haber dejado sobre la mesa y, a continuación, reaparecían en otro lugar; en una ocasión la llama de la chimenea se apagó de forma súbita, como si alguien la hubiera cubierto con una manta o hubiera cerrado el tiro del aire; pesados retratos de sus antepasados con sus vetustos marcos que llevaban lustros colgados de las paredes, se movían sin ninguna corriente de aire que explicara la causa; crujir de pasos en los pisos superiores... Los criados parecían ajenos a la percepción de estos sucesos, como si solamente él tuviera sus sentidos abiertos a esos fenómenos, como si solamente le estuvieran ocurriendo a él...

En algún momento, nos dijo, creyó que podía estar perdiendo la razón.

A medida que don Justo nos iba narrando los extraños sucesos, mi atención iba quedando absorta por el relato y la situación. El hombre tenía un brillo en la mirada que no era producto del reflejo de la luz de la chimenea en sus pupilas, sino que provenía de su interior; sus manos, nervudas como sarmientos, parecían aferrar el aire cada vez que se movían, apoyando sus palabras; su voz

grave armonizaba, en fin, con el relato, como si de un recién llegado del otro mundo se tratara.

Sin embargo, a mi amigo y compañero Jaime le conocía ya lo suficientemente bien como para saber que, pese a su educada atención, no estaba creyendo el relato que el señor Alvarado nos hacía. Debía pensar que era otra más de las historias novelescas que sobre su vida nos había contado en anteriores ocasiones; en definitiva, que se burlaba de nosotros. Aquella sonrisa forzada y escéptica dibujada en los labios de Jaime, le delataba. A lo largo de estos meses yo había tenido la oportunidad de experimentar el carácter sumamente vehemente de mi amigo y sus reacciones, en ocasiones, llenas de furia que poco a poco decaían a medida que pasaban los minutos. Por ello, opté por poner una excusa razonable que nos permitiera marcharnos, antes de que Jaime se ensalzara en una disputa sin sentido con nuestro anfitrión. Quedamos para el siguiente día y, al despedirnos de Alvarado, al estrecharle la mano, creí percibir en su mirada una petición de ayuda.

Una percepción mía, tal vez sin sentido.

Mi amigo Jaime se entregó por el camino de regreso a casa y durante la hora posterior, a un soliloquio enardecido que no osé interrumpir. Para él, con su estricto pensamiento cartesiano y agnóstico, le hacía rechazar cualquier insinuación sobre fenómenos paranormales, como los que nos había estado relatando don Justo un rato antes. A mí, en cambio, me producía una gran inquietud la narración de Alvarado, porque no le creía capaz de burla, ni el móvil del posible engaño. Eso sí, me apenaba pensar que el pobre hombre hubiera perdido la razón. Quiero confesar que pasé gran parte de la noche sin dormir dándole vueltas al asunto y deseando que el día llegara para que don Justo prosiguiera con su relato.

Al siguiente día, tras hablar de varios temas intrascendentes,

volvimos al que nos preocupaba. Encontramos al dueño de la mansión aún más enfebreado, si cabe, que la tarde anterior. Su mirada despedía chispas, como la de un exaltado visionario. No recuerdo cuál de nosotros inició el asunto de los fenómenos extraños, pero sí puedo asegurar que los tres estábamos deseando de retomar la narración en el punto en que la dejamos.

En determinado momento del relato, Jaime se atrevió a interrumpir a Alvarado exponiéndole dudas, más que razonables, sobre la veracidad de cuanto nos estaba contando, sugiriendo la posibilidad de que se tratara de una alucinación, tal vez una desviación de la mente.. Don Justo se levantó y, su ya pálido rostro, se crispó aún más. Mi amigo Jaime hizo también ademán de levantarse pero aceptó el gesto, para satisfacción mía, que bajo la mesa le hice poniendo mi mano sobre su rodilla, apremiándole para que siguiera sentado. Durante unos eternos segundos presentí la tormenta que se avecinaba.

Sin embargo, don Justo aflojó su rictus y extendió el brazo ofreciendo su mano a Jaime.

“Reconozco, vino a decir, que es difícil creer lo que os cuento y, por tanto, no puedo darme por ofendido por dudar de mi palabra. Le aseguro, querido amigo, continuó, que en otro momento y situación sus palabras le hubieran costado un serio disgusto. Pero, si extraño os resulta lo que hasta ahora os he contado, qué diríais de mí si os dijera que...”

Tras una pausa que se nos hizo interminable, el noble prosiguió su relato:

“...¿Qué pensaréis de mí si os dijera que... anoche... vi... al... autor... de tales desaguisados...?”. Nos miró fijamente a los ojos, esperando encontrar en nosotros una mirada de asentimiento. El aire se podía cortar. Con un gesto le animé a continuar:

“No se trata de Olmedo, siguió con una triste sonrisa, ni de ninguno de los otros sirvientes. Me atrevo a deciros que es... un espí-

ritu del otro mundo...” suspiró al finalizar la frase.

Jaime y yo nos removimos en nuestros asientos, pero aún así no dijimos nada. Realmente, don Justo parecía extraordinariamente preocupado.

“Quiero decir, prosiguió, que anoche vi con mis propios ojos a un ser del otro mundo, vamos... lo que la gente llama un fantasma...”

Un escalofrío me recorrió la espalda.

Nos contó que tras las acciones de movimientos de objetos, pasos, etc. de los días anteriores y que ya conocíamos, estaba dispuesto a terminar de una vez por todas y averiguar la causa de aquellos extraños fenómenos. Él era un hombre de acción, toda su vida lo había sido, y no podía quedar impasible ante unos hechos que ocurrían en su propia casa y a los que no encontraba ninguna explicación. Buscó en la vieja biblioteca un polvoriento y antiguo manuscrito de rituales esotéricos que se afaná en leer. De él extrajo unas extrañas palabras y signos que copió en un trozo de papel y nos mostró. Estuvo en vela esperando durante toda la noche la manifestación de los fenómenos. Cuando el reloj estaba dando la última campanada de las dos de la madrugada, comenzaron nuevamente a producirse los fenómenos que ya conocía.

Inmediatamente se puso en acción, trazando con una tiza en el suelo en aquella misma sala en la que nos encontrábamos, un círculo con unos extraños signos, a la vez que comenzó a pronunciar las palabras que tenía copiadas en el papel.

Para su sorpresa, se materializó una forma vacuosa y etérea que sin estar plenamente definida, le permitía ver los rasgos de sus facciones y ropas. Era, le dijo, un antepasado suyo que se encontraba en un estado de vigilia y penitencia por ciertos actos realizados en su tiempo, no acordes con el buen hacer.

Pasado cierto tiempo, se volvió a desvanecer.

Nos quedamos en silencio largo rato.

Le dijimos que era una historia fascinante pero... No pudimos terminar nuestra frase, ya que don Justo, con un gesto de su mano nos pidió silencio.

Nos dijo que lo había pensado largamente antes de que llegáramos a la casa y estaba dispuesto a hacer el experimento, a la inversa. Alarmados, nos pusimos de pie para expresarle nuestra disconformidad. Incluso Jaime, me pareció sinceramente afectado. Yo dije algo así como que no era conveniente jugar a esas cosas, pues siempre me inspiraron un serio respeto.

Don Justo me miró y se sonrió. Daban en ese momento las campanadas de la medianoche y, aunque había dejado de llover, el viento hacía crujir el alfeizar de las ventanas. Por entre las nubes apareció una luna llena que iluminó la ventana frente a la que nos encontrábamos, proyectando un haz de luz sobre don Justo, que se había colocado en el centro del círculo dibujado en el suelo por él mismo la noche anterior. Pronunció unas extrañas palabras e hizo unos gestos levantando sus brazos hacia arriba, como si quisiera elevarse.

Yo fui nuevamente a protestar diciendo que lo dejara, que no me parecía bien aquella representación, cuando mi amigo Jaime me detuvo y abrió la boca asombrado.

Sorprendentemente, se produjo una especie de extraña chispa, una luz, que desde el suelo fue subiendo a lo largo del cuerpo del noble; a ello siguió un humo espeso y blanquecino que, por unos instantes, nos impidió la visión de don Justo.

Cuando el humo se fue disipando, quise gritar, pero no pude porque mis cuerdas vocales se habían quedado paralizadas del miedo: ¡don Justo había desaparecido!!

No sabría decir durante cuánto tiempo, cuánto duró aquello. Sí recuerdo que Jaime y yo nos miramos incrédulos de lo que estaba ocurriendo ante nuestros propios ojos. Pero no sabría decir cuánto duró. El caso es, que al cabo de ese tiempo inmaterial, tal vez

de milésimas de segundos, o tal vez algunos minutos, tan de repente como había desaparecido, don Justo se materializó nuevamente. Sólo que, como si sus piernas fueran de trapo, cayó al suelo inconsciente.

Nos acercamos a él rápidamente, aunque supimos antes de tocarle que ya no había nada que hacer. Don Justo tenía la mirada perdida de los que se han ido... o, han estado en el más allá.

La mirada de los muertos.

A modo de epílogo y para terminar quiero decir que, oficialmente, cuando se le hizo la autopsia, el médico forense determinó como causa de la muerte un fallo cardiaco.

Jaime y yo nos prometimos no hablar jamás de lo que allí había ocurrido. Jaime borró las marcas del suelo y se guardó el papel en el que don Justo había escrito el ritual.

Hace una semana supe por unos amigos comunes que Jaime murió repentinamente haciendo no saben bien qué cosas. Dicen que últimamente se le había ido la cabeza, que tenía demencia senil, que hacía cosas extrañas, que hacía exorcismos...

Hoy he recibido una carta post-mortem de mi buen amigo Jaime. No me hace falta abrirla para saber su contenido.